

**Reginald Arkell**  
**RETORNO A**  
**LITTLE SUMMERFORD**

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2024  
TÍTULO ORIGINAL: *Charley Moon*

© Reginald Arkell, 1953  
© de la traducción, Ángeles de los Santos, 2024  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2024. Cáceres  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-07-7  
DEPÓSITO LEGAL: CC-75-2024  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Los jóvenes, los jóvenes,  
se marchan a la ciudad,  
pasan sus días  
al estilo de la urbe,  
corriendo de acá para allá...  
Pero los viejos, los viejos  
aran en surcos rectos la tierra  
y aún les queda tiempo,  
llueva o haga sol,  
para apoyarse en una cerca.

Los viejos, los viejos,  
en casa por las noches,  
envidian a los muchachos,  
la ciudad y sus diversiones,  
y todas esas luces alegres...  
Pero los jóvenes, los jóvenes,  
marchitos los placeres de la ciudad  
volverán a recorrer  
un sendero campestre  
y al ruiñeñor oirán cantar.

R. A.

## PRÓLOGO

Había cuatro hombres reunidos en un club teatral del West End de Londres. Habían terminado de cenar, pero seguían sentados hablando de las cosas de las que hablan esa clase de hombres cuando se ponen nostálgicos.

Al ser todos de cierta edad, sus recuerdos se remontaban a mucho tiempo atrás. Uno de ellos afirmaba haber visto a Irving<sup>1</sup> en su época dorada en el Lyceum; otro recordó la producción londinense de *La bella de Nueva York*; un tercero había actuado con Harry Ainley en *Paolo y Francesca*.

Este tipo de conversación siempre desembocaba en una amistosa batalla de recuerdos. Aquella noche, después de agotar los grandes nombres de la escena seria, los amigos estaban evocando a las estrellas del antiguo teatro de variedades –Eugene Stratton, Dan Leno,<sup>2</sup> R. G. Knowles, Albert Chevalier y demás– cuando, de repente, alguien desvió el curso de la conversación:

–¿Qué fue de aquel actorcillo cómico, Charley Moon?  
–preguntó.

¡Charley Moon! ¡Todos se acordaban de Charley Moon!  
Por supuesto que sí. Era del estilo de Teddy Payne, que

<sup>1</sup> Sir Henry Irving (1838-1905), actor británico y director del Lyceum Theatre. [Las notas son de la traductora salvo que se indique expresamente.]

<sup>2</sup> Dan Leno (1860-1904), actor cómico, considerado el padre de la pantomima moderna británica.

actuaba en el Gaiety, y de Dan Leno, en Drury Lane.<sup>3</sup> Tuvo mucho éxito en el West End, después de la Primera Guerra Mundial. Cantaba aquella gran canción, en ese musical del antiguo Teatro Delphic. ¿Cómo se llamaba?

—Dentro de poco no me acordaré ni de mi propio nombre —dijo uno de ellos.

—Lo veo en el escenario con toda claridad, como si hubiera sido ayer —dijo otro...

—Pero ¿qué fue de él? —insistió el que había preguntado—. ¿Se fue a Estados Unidos? No puede haber muerto; habría habido obituarios en los periódicos. Nadie desaparece sin más.

—¿No hubo algún problema con algo? —preguntó un crítico—. Creo recordar... que estaba yo en el teatro una noche de estreno y... No, es inútil. No me acuerdo... Seguramente estaba pensando en otra cosa... Hace tanto tiempo...

Desconcertados, estaban pasando a asuntos menos complicados cuando un conocido autor de comedias musicales, que llevaba treinta años en el candelero, se unió al pequeño grupo.

—Aquí está la persona que puede decírnoslo —dijo el crítico.

—¿Qué quieren ustedes saber? —preguntó el recién llegado.

—¿Qué fue de Charley Moon?

—¿Charley Moon? No lo sé. ¿Por qué me lo preguntan? ¿Quién era? ¿Un *jockey*?

—Charley Moon —dijo el crítico— era un cómico. Vino a Londres al principio de los años veinte y tuvo un enorme éxito con una comedia musical... que me parece que le escribió usted...

<sup>3</sup> Drury Lane es una calle del West End, la zona occidental de Londres, tradicionalmente famosa por sus teatros. Uno de ellos, el Royal Drury Lane, es el más antiguo de Inglaterra.

–Ah, ¿sí? –dijo el autor–. No me acuerdo. Uno escribe tantas... Y todas me parecen la misma. De todas formas, ¿qué más da un cómico más o menos? Probablemente murió a causa de la bebida o compró un bar. ¿Adónde van los cómicos en invierno? A mí no me pregunten. ¡Buenas noches!

–Qué cauteloso, ¿no? –dijo el hombre que había iniciado la conversación–. Sabe algo, pero no ha querido decírnoslo.

–Creo recordar –dijo pensativo el crítico–... que estaba yo en un teatro una noche de estreno... No, es inútil. He olvidado lo que pasó... Fue todo hace tanto tiempo...

## PRIMERA PARTE

El molino de Little Summerford se caía a pedazos, y uno se maravillaba de que el desván, donde el hijo del molinero solía dar volteretas laterales para entrar en calor, siguiera en pie.

Los chicos de pueblo, por regla general, no dan volteretas laterales, pero Charley Moon, que una vez vio a un payaso haciendo giros sobre las manos y los pies, estaba decidido a dominar el número.

Charley era así. Si alguien le encargaba una tarea normal, se escabullía en cuanto el otro se daba la vuelta. Si le pedían que quitara las malas hierbas de un sendero o que cargara unos sacos, ponía pies en polvorosa. En cambio, si a él se le metía entre ceja y ceja cualquier idea descabellada, trabajaba como el que más.

Cuando llovía y todo estaba demasiado mojado para ir a los humedales, Charley subía al desván del viejo molino. El desván, al que se accedía por una trampilla del techo de la cocina mediante una escalera de mano, se extendía de un extremo al otro del largo y laberíntico edificio. Un disparatado reino de enormes vigas y sombras fantasmales en el que Charley era el rey.

Ninguna de las mujeres quería subir al desván. Las mayores se habrían partido el cuello y las más jóvenes tenían miedo de los ratones. Así pues, cuando necesitaban las cebollas

que colgaban de las vigas o las manzanas allí almacenadas para las empanadillas y los pasteles, tenían que pedirle a Charley que se aventurara en aquel mundo crepuscular.

Cincuenta años antes alguien había hecho un último y desesperado esfuerzo por sanear el desván del viejo molino empapelando las paredes con hojas de periódico del *Morning Advertiser* y del *Wilts and Gloucestershire Standard*. Aquí y allá se pegaron imágenes en color de los números de Navidad del *Graphic* y del *Illustrated London News*. No obstante, la humedad y el deterioro general habían ganado la partida, y lo único que quedaba eran unos cuantos jirones de papel de periódico.

Charley Moon, que no era un gran lector, estaba fascinado por esos retazos de historia que aún colgaban de las paredes. Había una fotografía de una niña con un abrigo rojo que estaba barriendo un sendero cubierto por la nieve, y debajo decía:

Si cada uno barrierá la puerta de su casa, el pueblo estaría limpio.

Había un dibujo de un niño corneta tocando la llamada a la carga que había reunido a la caballería del imperio en una guerra largamente olvidada, y otro de una ancianita a la que un caballero con levita y cabello negro ondulado le regalaba un ramo de primulas. Pero lo que más le gustaba era la foto de un hombre menudo llamado Dan Leno, que ponía caras cómicas y vivía en un lugar llamado Drury Lane.

Charley Moon, que era bastante cómico, pensaba mucho en el mundo del señor Leno. Se plantaba delante de la fotografía y se pasaba horas haciéndole muecas. El señor Leno iba vestido como un personaje femenino de pantomima, y Charley una vez se hizo con una falda vieja y una

sombrilla aún más vieja con el fin de que su aspecto resultara tan gracioso como el del señor Leno. Por qué razón el señor Leno iba vestido de anciana era algo que Charley desconocía. Quizá hubiera habido un circo en Drury Lane, como el que se había montado en la playa el festivo del último mes de agosto.

Un día, en noviembre, Charley oyó que alguien subía la escalera y el crujido de las oxidadas bisagras de la trampilla, el puente levadizo de su castillo. Algún enemigo se acercaba. Se puso de rodillas, removió la paja que cubría las manzanas y empezó a quitar las que estaban podridas. Al verlo, cualquiera habría supuesto que el muchacho no había hecho otra cosa en toda la tarde que seleccionar manzanas. Aun cuando el enemigo estaba de pie ante él, Charley estaba demasiado ocupado para levantar la vista.

—¡No trabajes tanto, Charley, que te vas a hacer daño!

La persona que habló fue una niña de rostro muy serio, con un vestido corto de algodón, unas piernas largas y flacas, y unas calcetas negras, la clase de niña que no se ríe con facilidad porque no ha tenido mucha práctica y, sin embargo, es alegre dentro de sus límites. Charley Moon dejó de seleccionar las manzanas, se tumbó boca arriba y miró a su visitante.

—¡Hola, Trencitas! —dijo.

—Están buscándote —dijo la niña.

—Pues que busquen.

Charley estaba acostumbrado a esa situación. Día tras día pasaba lo mismo. Todo el mundo estaba siempre buscándolo. Lo llamaban a gritos por todos lados: «¡Char-liiii! ¡Ensilla el poni! ¡Ve corriendo a la granja! ¡Lleva un saco de harina a la vicaría!». Siempre había *algo* que hacer a toda prisa.

—¿Qué les digo? —preguntó la niña.

—Di que no me has visto, claro.

—Yo no puedo hacer eso, Charley. No sería verdad.

Reacción típica de Rose. No estaba mal para ser una niña: trepaba a los árboles y saltaba las zanjas como un chico, pero siempre se metía en su caparazón, como un caracol cuando le tocan una de las antenas. Rose habría hecho cualquier cosa por Charley, dentro de lo razonable. Sin embargo, había ocasiones en las que su heroicidad tenía sus límites. A la hora de decir la verdad, ni George Washington ganaba a Rose.

—¡Pobre Trencitas! No podría mentir ni para salvar su vida. ¿Quieres sentarte a comer una manzana?

Eso era otra cosa. Rose se arriesgaría a una regañina de su abuela, que regentaba la tienda del pueblo, o del anciano señor Moon si la sorprendía ayudando a Charley a perder el tiempo cuando debería estar haciendo recados. Rose cogió la dorada manzana y la miró con solemnidad.

—Charley, ya sabes que tu padre dijo que no empezaras con las buenas hasta que se hubieran terminado las demás.

—Vale —contestó Charley—. Si las colocamos bien y no dejamos huecos, nadie se dará cuenta. No seas aguafiestas. Si alguien se la va a cargar seré yo. Y siempre me la estoy cargando por algo, así que ¿qué más da?

Rose estaba frotándose la nariz con la falda de su vestido de algodón.

—Yo no quiero que te la cargues, Charley —dijo Rose sorbiéndose la nariz—. Por eso te lo recuerdo. Y no soy una aguafiestas...

Charley Moon tenía el corazón más tierno que una pera madura. No soportaba que nadie llorase por nada del mundo.

—Vale, Trencitas —dijo—. No eres una aguafiestas; eres una rosita bonita y te quiero más que a una tarta.

—¿Una tarta de manzana? —preguntó Rose.

—¡Una tarta de manzana! —dijo Charley—. Pero tendrás que tragarte el corazón, si no, mi padre sabrá que hemos estado metiendo mano a las manzanas buenas.

En Little Summerford todo el mundo pensaba que el joven Charley Moon era muy gracioso, y no se equivocaban. Siempre con sus bromas; un poco revoltoso, tal vez, aunque sin mala intención. Ni siquiera Martha Peart, la regordeta lavandera, que iba al molino todos los sábados para adecentarlo un poco, diría una palabra contra él. Y ella, como gato escaldado, tendría motivo, porque una vez Charley casi acabó con ella...

Vagabundeando por el lavadero mientras ella se afanaba en la tina, le preguntó si alguna vez había visto un huevo de ruiseñor. Martha nunca lo había visto. Secándose la espuma de sus grandes brazos, cogió la lata que Charley le mostraba, levantó la tapa... y lanzó un chillido que hizo ladrar a todos los perros del pueblo.

Enroscada dentro de la lata, había una culebra, atrapada mientras tomaba el sol en un cálido rincón del huerto. Al igual que Charley, la culebra no tenía mala intención, si bien eso Martha no lo sabía. Tras desgañitarse se desplomó en el suelo, totalmente inconsciente, y se necesitaron dos cubos de agua fría para que volviera en sí.

Pero Martha no era rencorosa. Sólo era el señorito Charley con otra de sus bromas.

El vicario era un hueso más duro de roer. Little Summerford no era precisamente un nido de ruiseñores y, puesto que Charley cantaba como un ángel, no podía expulsarlo del coro porque ¿quién si no cantarían los solos de los villancicos en Navidad y el himno en Pascua? Cada jueves por la tarde, en los ensayos, mandaban a Charley a casa castigado

y cada domingo volvía a su puesto, con cara de no haber roto nunca un plato... y cantando como un ángel.